«Me llamo Samir Abu-Tahoun Recio y siempre he tenido que repetir mi nombre...». Con esta fórmula, que esconde más pragmatismo que conformismo, comienza su auto-presentación Samir (Madrid, 1976) en el que es su primer libro en el mercado, *Cosas que he roto* (Noviembre). Antes, aunque de manera más reducida, cierto público ya había podido deleitarse con la finura con que conforma sintagmas a golpe de sentimientos y vivencias a través de apariciones en prensa o por su presencia en otros foros, como los recitales de su hermano Marwan.

Hijo de palestino y española de Soria, en cierto modo Samir se ha sentido siempre diferente en cualquier momento y lugar, aunque su forma de ser le ha llevado siempre a dar preferencia a la suma frente a la resta o la división en las matemáticas de la vida. En él, como dice con ironía, contrastan el desierto bíblico y el pinar serrano. Aluche, su patria chica, ha conformado la forma de ser un tío normal, que de pequeño fue «cabroncete cuando tocaba, pero muy sensible», alguien que puede considerarse por su arte y su empatía portavoz de sentimientos muy comunes, personales pero universales a un tiempo.

Su hermano Marwan, catapultado hoy a el nivel que dan a la fama los convencionalismos sociales, no se cansa de proclamar a los cuatro vientos el amor que siente por quien fue su guía y protector en las épocas oscuras y de debilidad, el que tenía el oxígeno y la sonrisa siempre a punto. «¿Qué pensarías de alguien que se ha pasado toda la vida intentando que no sufrieras?, dice.

Esa sensibilidad se trasluce también en las opciones vocacionales que ha ido tomando, siempre encaminadas al servicio. Con una clara disposición al campo socio-sanitario, hoy es feliz desde su puesto de enfermero en el Hospital 12 de Octubre de Madrid —Marwan dice que «cuida a los demás como solo algunas personas saben hacerlo»— y completa sus ansias de seguir creciendo dando forma a su inquietud literaria en páginas como estas o las de la próxima novela que ya traman sus musas.

Quien le quiera encontrar puede toparse con él fácilmente mientras pasea a su perro Otto por la madrileña Casa de Campo. Allí, bajo el cielo de Madrid, sigue creciendo como persona «el que lleva toda la vida regresando. El del salto mortal. El que no sabe qué decir pero siempre dice algo. [...] El guerrero que busca la paz». */